

El Espíritu Santo en la búsqueda de la Verdad

Si me aman, guardarán mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y Él les dará otro defensor, el Paráclito, para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad... Juan 14

El grupo de jóvenes que viven el proceso de discernimiento vocacional a la vida religiosa en la Compañía de Jesús, y que camina en un itinerario pascual junto a las huellas del resucitado, recibió la visita virtual del P. Francisco de Roux Rengifo, religioso jesuita y presidente de la comisión de la Verdad en Colombia. Se le preguntó al Padre de Roux, cómo entiende él el rol que juega el Espíritu Santo en la búsqueda de la verdad.

Algunos puntos que recogen el mensaje del Padre de Roux, a los jóvenes en discernimiento, fue:

- 1) Los jesuitas tienen por encargo de la Iglesia colaborar en la misión de reconciliación que Dios lleva en el mundo. Tal desafío implica leer qué es aquello que el Espíritu de Dios dice y hace en cada uno.
- 2) La búsqueda de la verdad, especialmente en Colombia, tiene que ver con esclarecer qué fue lo que nos pasó como país, como sociedad cristiana, y mayoritariamente católica, para que llegáramos al horror de una guerra que lleva ya más de un millón de víctimas.
- 3) Decir la verdad cuesta mucho. El primer paso, será apelar a la sinceridad, para abrir la puerta al Espíritu Santo, y que Él pueda trabajar en cada uno. Hemos de ser un libro abierto con las personas que nos rodean, tapar los errores no es la salida.
- 4) Partamos del hecho que, sea como sea que haya sido nuestra historia, en la mayoría de las circunstancias hemos sufrido, y hemos hecho sufrir a otros.
- 5) Cuando la persona se comprende en su propia fragilidad, se acepta en sus falencias, y le es más fácil acoger al otro. Toda persona es falible, las personas se equivocan. Todos necesitamos el perdón.
- 6) Solamente desde la verdad sobre uno mismo es posible pedir la verdad a otro. Para llegar a la verdad hemos de ser verdad frente al Otro, para que Dios que es puro don frente al ser humano nos regale la gracia de conocer la Verdad.

A continuación los jóvenes en discernimiento comparten sus notas y reflexiones a partir del mensaje del P. de Roux:

Favio David: Hola Señor, te escribo desde mi casa, desde mi corazón. Ya sé que me conoces mejor que yo mismo, y justamente te escribo en medio de esta tempestad para descubrir eso que soy. Me presento Señor, con estas palabras con las que puedo entrar en contacto con mis hermanos, en donde viajan mis sentimientos y con las que puedo dibujar mi alma y desde ella preguntarme por esta realidad que me sobrepasa.

El confinamiento que vivimos nos ha puesto frente a un mundo cada vez más extraño, cada vez más lleno de incertidumbre. En los noticieros, vemos a un mundo con miedo, vemos a un mundo con dirigentes tan desesperados

como nosotros, y me es imposible dejar de recordar tantas quejas banales, miopes a tus caricias y consuelos por las que hoy te pido perdón.

Porque a veces, y aunque me cueste aceptarlo, me siento derrotado, sin fuerzas, sin la capacidad de entender lo que pasa. Y te pido, te llamo y me siento ayunando de ti, te necesito. Y es aquí, en mi debilidad, en mi inconstancia donde te busco, donde te dejas encontrar.

Te muestras en medio de las presiones externas, en medio de las caídas y frustraciones, incluso en la niebla espesa de la melancolía que me reduce, disminuye y aniquila, esa que nubla la mirada y me impide conmovirme con el hombre que sangra ahí en la acera opuesta.

Y es gracias a este silencio cargado de tu palabra y de mi fragilidad que nos encontramos, es en el silencio donde me respondes, invitándome a poner tu amor en mi corazón, a poner tu luz en mi mirada. A recibir con gratitud mi presente, que es regalo y que es gracia. Y confío en que eres el amor que me envías con la ternura de mi madre cuando me dice “Dios te bendiga”. y que donde no veo amor es donde debo ir a mostrarte humano, a seguir tus enseñanzas e imitar tus criterios.

Así Señor, te busco primero en mi propia realidad, para que sea desde esa primera verdad -mi verdad, siempre parcial- con la que me presento ante ti, desnudo de máscaras y fantasías. Me presento para pedirte la capacidad de perdonar primero mis errores y desde ahí los ajenos.

Te pido que me hagas capaz de entender que la Verdad es una persona y se llama Jesucristo y nos envía su espíritu, con el que ya no hacen falta elucubraciones, con el que nos invitas a jugar nos la vida, a confiar, a amar.

Y así es, te amo Señor.

David Leonardo: Este tiempo de cuarentena debido al Covid-19 nos ha hecho caer en la cuenta de nuestra fragilidad, necesitamos ayuda para sobrellevar los inconvenientes que se presentan en nuestras vidas, necesitamos ser escuchados y acompañados, necesitamos de tantas cosas que pedimos constantemente: salud, alimento, trabajo, dinero, etc. Es normal pedir aquello que es humanamente necesario para vivir, pero quizás nuestra precariedad o nuestra necesidad reduzca nuestra mirada de la realidad. A veces solemos ser indiferentes al sufrimiento de los demás porque estamos ensimismados en nuestros pensamientos, en nuestros propios intereses. Vivimos en una sociedad y no podemos rechazarla, es importante reconocer que existen otras personas en el mundo. Pensemos en nuestra Colombia, un país azotado por la violencia durante más de medio siglo, un país lleno de campesinos, guerrilleros, militares, ciudadanos, políticos, todos víctimas de la incapacidad de reconocer el rostro del otro, un rostro humano que llora y clama a gritos por un cambio.

Para tener esta apertura es necesario comenzar aceptando la verdad en nosotros mismos, para buscar la verdad en los otros es necesario buscar primero mi propia verdad. No podemos dar de aquello que carecemos, no podemos compartir aquello que no tenemos. Somos seres humanos con sueños, expectativas y preferencias que marcan nuestra vida y nos mueven a tomar un rumbo especial. Pero no podemos caminar solos, y es allí en donde aparece la importancia de pedir lo

que realmente queremos y deseamos. En muchas ocasiones no recibimos porque no sabemos qué pedir ni cómo hacerlo, el miedo nos atrapa porque sabemos que nos hemos tropezado, que existen dificultades y que el mal nos ha tocado. Por esta razón, no se trata de una simple voluntad, no se trata del poder humano para avanzar, necesitamos de un ser que nos unifique, que nos permita ver la realidad con otros ojos, y ese ser es Dios.

Él habita entre nosotros, ha dejado su Espíritu Santo para que nos fortalezca y nos acompañe, Jesús nos dice “porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mt 7:8). Dios está dispuesto a darnos todo, mejor aún, a darse por completo, lo hizo en su hijo Jesucristo. Eso es lo que se nos dificulta reconocer; el amor, que es el mismo Dios, es donación completa. Así pues, la única forma de sentirnos realizados es esperar con fe, pedirle que venga para que se quede con nosotros, pedirle que se nos revele. Solo así seremos capaces de reconocer el espectro de colores, el abanico de experiencias, el mar de oportunidades que tiene la vida. Solo siendo un libro abierto, transparentes, dejándonos moldear como vasijas de barro, podremos actuar en nuestro país sufriente, podremos responder con generosidad al llamado del Padre.

Recuerdo con alegría todas las vivencias que he tenido en este proceso de discernimiento vocacional en Casa Manresa, y ahora que me planteo una vida religiosa me parece muy bello entender que nosotros somos petición frente a Dios, y Dios es don frente a nosotros. Todo lo que soy y todo lo que tengo es por obra y gracia de Dios, y creo que mi vocación no es solo mía, es un sentimiento que Dios ha sembrado en mi corazón. Somos en cuanto Dios habita en nosotros y somos en cuanto habitamos en Dios. Es en este vínculo fraterno y sincero en donde surge el auténtico deseo, la verdadera petición, es en esta relación que florece una profunda mirada capaz de habitar al otro. Sin el Espíritu Santo en nuestra vida solo somos cristianos de nombre, somos veletas que pasan por la vida viendo todo con normalidad. El Espíritu Santo nos ilumina para conocernos a nosotros mismos, para maravillarnos frente a la obra de Dios, nos proporciona paz y mantiene la esperanza viva aún cuando no entendemos las cosas por nuestras limitaciones humanas. Descubrir el deseo lleva tiempo, no se trata de un sentimiento primario, es un proceso de constante diálogo y apertura.

En esa petición eje, es decir, petición central de nuestra existencia, estaremos dispuestos a jugar la vida, tendremos la capacidad de asombrarnos, ser cercanos a los pobres, sensibles con la naturaleza y con el sufrimiento humano. Viviremos con una libertad interior que nos mueve a entregarnos a los demás, a actuar frente a las problemáticas que nos rodean. El otro es ese campesino, ese guerrillero, ese militar de mi país. No podemos ser insensibles a una cruda realidad, no podemos mostrarnos indiferentes, aunque sea una realidad ajena a la nuestra, es la realidad de nuestro país, y por eso es tan importante trabajar por la verdad, porque solo ofreciéndonos a Dios como verdad encontraremos el deseo que nos une como comunidad, como país. La verdad no tiene el ánimo de juzgar a los otros, la verdad entiende que somos seres humanos frágiles, necesitados del amor de Dios. La verdad abre las puertas a la reconciliación y al perdón. La verdad sana heridas, amplía nuestra mirada y nos solidariza con quienes sufren. Solo la obra transformadora del Espíritu que habita en nosotros nos permitirá trabajar por la verdad de nuestra vida y de nuestro país.

Juan Guillermo: “¿Y qué es la verdad?”, cuestionó Pilato a Jesús en el Pretorio, y acto seguido, sin darse la oportunidad de escuchar la respuesta de su interlocutor, lo ignoró para dirigirse a la multitud de judíos y preguntarles si querían que pusiera en libertad al Rey de los judíos, intentando librarse de la responsabilidad de juzgar a un hombre en quien no halló delito alguno, pero, en últimas, quizá por no querer encontrar una respuesta, tal vez incómoda, a su inquietud más auténtica ¿qué es la verdad? (Cf. Jn 18, 37 – 40).

La pregunta por la verdad, la búsqueda de la verdad, es expresión de la racionalidad que caracteriza al ser humano. Los hombres y mujeres buscamos respuestas que doten de sentido nuestras aspiraciones y decisiones, conclusiones que nos permitan comprender, aprender y aprehender la realidad, que posibiliten situarnos en el mundo, entendernos y relacionarnos con nosotros mismos, con el entorno, con la sociedad, con el otro y con el Otro.

Dicho proceso de intelección y de cognición no resulta sencillo e incluso puede ser conflictivo cuando las “verdades”, nuestras “verdades”, aquellas que hemos ido construyendo desde nuestro propio “yo”, desde el ensimismamiento, terminan siendo cuestionadas y hasta derrumbadas al abrirnos a la experiencia y la relación con los otros y el Otro, cuando el espíritu de entendimiento y de ciencia nos revela lo que Dios realmente quiere de nosotros, lo que nos quiere dar por su infinito amor y lo que podemos llegar a ser, más allá de lo que nosotros mismos creíamos que éramos capaces.

Y así, al revelarse la experiencia de Dios en nuestra vida, nos descubrimos frágiles frente a lo que creíamos era la verdad, nuestra verdad, corriendo el riesgo de caer en la actitud de Pilato, quien ante la misma verdad, quizá por temor, la cuestionó, preguntó por ella, pero no quiso acogerla, sino que miró para otro lado, evadiendo el encuentro con la respuesta fundamental, prefiriendo quedarse cómodo en “su verdad”, cercenando la apertura a lo verosímil por la comodidad de sus certezas inmediatas.

Cuando nos descubrimos amados y llamados por el deseo infinito del Padre Dios a estar con Él, de cumplir su plan de amor en nuestras vidas, de conjugar su voluntad con la nuestra, cuando Dios se nos ha revelado a partir de la experiencia y apertura sincera y constante con el Otro, poniéndonos delante de Él tal y como somos, con lo que tenemos y lo que carecemos, sin máscaras, conscientes de nuestra realidad, con lo que es y en lo que consiste la verdad de nuestra vida, Dios mismo nos enseña a pedir sin miedo y con insistencia aquello que debemos pedir, “nos permite ver” porque nos revela lo que debemos rogarle con ahínco, confiados, esperanzados y seguros en que Él nos lo concederá todo. Pedirle, con confianza y perseverancia, que se quede con nosotros, que estemos en “comunidad”.

Dios quiere crear una gran comunidad con todos los hombres y mujeres, que todos nos salvemos y lleguemos al conocimiento de la verdad (Cf. 1 Tm 2, 3 – 4) y quiere que lo hagamos en armonía con nuestro entorno, con la sociedad y con la naturaleza, obra de sus manos. Por ello, es preciso que no solamente comprendamos y nos situemos delante de Dios, el Otro, con nuestra verdad, desde una posición puramente intimista, sino que, reconociéndonos necesitados de Él, de que se quede con nosotros, también nos comprendamos y reconozcamos como sociedad, en relación con los otros, tal y como somos, sin máscaras.

Necesitamos que Él nos revele y nos permita comprender qué sociedad somos, para que, a partir de ese reconocimiento de cómo actuamos, cómo hemos herido al próximo – al prójimo –, o

cómo hemos sido heridos, qué nos hace falta como comunidad que camina, cómo hemos golpeado y aniquilado la dignidad de otros e incluso la propia, por el afán de poder, por el egoísmo y el ensimismamiento, arribemos a una comprensión humilde de qué fue lo que nos pasó, las caídas, los aciertos, las angustias, las carencias, los errores.

En últimas, solamente entendiendo y asumiendo la “verdad” de lo que somos como personas y como sociedad, comprendiendo “nuestra propia verdad”, la que está en el ser de nuestra humanidad y de la propia comunidad, la verdad real, sin mirar para otro lado, sin evadirla, se posibilitará el encuentro con los otros y con el Otro.

Sólo a partir del reconocimiento de la verdad, de lo que somos nosotros, comprenderemos y veremos qué debemos pedir con insistencia, y se posibilitará la reconciliación de cada uno consigo mismo, con los demás, con la sociedad en la que vivimos y con Dios Padre, porque nuestra propia vida, nuestra sociedad será la petición misma. Transparentes y sinceros ante el Padre pondremos ante él nuestra necesidad, la petición, que somos nosotros mismos, sin caer, como Pilato, en evasivas ante su cuestionamiento por la verdad.

Jeison Andrés: La visita de Francisco de Roux causó gran sorpresa y alegría en todo el grupo, poder escuchar, conversar, compartir con él fue realmente un privilegio, un espacio de mucho aprendizaje. Todo su discurso giró en torno a la búsqueda de la Verdad, lo que implica buscar la verdad y el rol de esta en nuestra propia vida como candidatos y como seres humanos inmersos en la sociedad.

Para Francisco de Roux es indispensable tener presente la siguiente pregunta si estamos en búsqueda de la verdad ¿Qué me quiere decir el espíritu?

Su rol como director de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad le ha permitido ver con profundidad lo que es necesario tener en cuenta en el momento de la búsqueda de la verdad, durante su intervención nos planteó muchas preguntas, pero la que más nos movió fue: ¿cómo pedir la verdad de los otros cuando no tengo la propia?

De Roux nos recomendó que como personas y en especial como candidatos a la compañía es esencial aceptar la propia verdad, así podremos saber lo que el espíritu quiere de cada uno. Así llegamos a la conclusión de que aceptar la propia verdad es el primer paso para encontrar la verdad en los demás, no puedo encontrar la verdad de los demás cuando no conozco la propia. Solo cuando soy sincero conmigo mismo y con Dios, cuando reconozco mi debilidad soy consciente de que todos somos falibles, que todos hemos sido víctimas y victimarios Dios viene a mi encuentro a darnos una mano. Hacía énfasis también en que Dios nos ama infinitamente y que a pesar de nuestras debilidades Él no nos abandona, por esto siempre debemos ir a él, reconocernos ante él y así poder estar abiertos a un encuentro no solo con nosotros mismos, sino con quienes nos rodean.

Solo cuando nos reconocemos frágiles, que cometemos fallas tendremos una nueva mirada, no veremos a los otros con ojos de desprecio, sino con ojos de compasión y paciencia. el camino de descubrirnos implica reconocer mi verdad, reconocer quien soy y a partir de ahí descubrir cuál es mi rol en la sociedad , en un mundo necesitado de verdad y reconocimiento propio.

Fabián Alveiro: La verdad de una sociedad en camino de construir la paz. Existe en el mundo una inquietud moral, que aumenta cada día, con relación al ser humano y al destino de este, sobre todo respecto a las profundas desigualdades entre naciones y en el interior de las mismas. Esta inquietud se impulsa en los fenómenos que vive cada país: el desempleo, la violencia, la marginación y otros factores que provocan el desequilibrio de una sociedad.

¿Colombia no pasa también por estos desequilibrios sociales? El país atraviesa un problema de violencia y corrupción que dejan a la población gravemente herida y dividida. El ser humano sigue dividido porque nos han golpeado, porque el mal nos ha tocado, y no somos capaces de olvidar fácilmente este dolor para fijar nuestra mirada hacia una civilización de amor. Reconocer estas verdades nace en el alumbramiento de reconocer primero mi verdad, la verdad individual que se convierte en la vida misma, no hay otra verdad que tu vida que es realidad. El reconocer mi verdad me hace capaz de superar el miedo a reconocer las verdades externas; a medida que lo supero voy encontrando el actuar de Dios en mi vida, voy escuchando lo que el Espíritu trata de decir en mí. Nos convertimos en petición frente al don del Espíritu, y reconocemos nuestros gustos; escogemos la realidad según nuestros gustos y actuamos según nuestros deseos, que deben de estar guiados a la voluntad del Espíritu, no de los propios intereses egoístas que nacen del ensimismamiento que nos limita a presentar una petición que responde a las pasiones que se disfrazan de deseos, la meta petición es reconocer la gracia del actuar divino en nuestros gustos y deseos, poder ver que tan cerca de esa voluntad, que se me revela en la escucha del Otro, está mi verdad, mi petición. El entender esa voluntad se convierte en la ciencia del conocimiento que se apoya en la fe, que se guía por el camino de la verdad.

El escuchar al Otro se convierte en el reconocer lo que nos pide Dios, nos pide según nuestras capacidades, actúa en nuestra verdad y se hace realidad en la sociedad. Y se trata de una sociedad en donde la laboriosidad, la honestidad, el espíritu de participación en todos los órdenes y niveles, la actuación de la justicia y la caridad, sean una realidad, y la paz llegue a igual medida que recibimos el Espíritu con sincero corazón. Para construir esta sociedad nos encontramos con grandes retos, no fáciles de superar, pero que no deben desanimarnos en nuestro trabajo. Trabajemos por una sociedad que camine en un ambiente de paz, de concordia, en la que la violencia y el terrorismo no extiendan su trágico y macabro imperio, las injusticias y desigualdades no lleven a la desesperación, en donde los comportamientos no desgarran el tejido social; pero primero reconozcamos nuestra verdad, aprendamos a escuchar al Otro que actúa en la realidad de cada uno, y juntos en la unidad del amor y de la misericordia presentemos la petición a Dios para que esa gracia divina llegue a nuestro corazón y nuestra patria, y que estando frente a frente a la gracia, que es Dios, podamos hacer nuestra, su voluntad, que nos habla cuando nos atrevemos a escuchar al Otro.

Cristian Darío: Dios ha querido dar al hombre, por su infinito amor y misericordia, todos los medios necesarios para vivir plenamente, dichoso y feliz. Esto se ve reflejado en los dones que se nos brindan por medio del Espíritu Santo, dones gratuitos que nos acompañan en el peregrinaje de la vida. Hoy más que nunca, debido a la situación de pandemia y confinamiento, dos de ellos toman una relevancia mayor; me refiero al don del entendimiento y al don de ciencia.

Este entendimiento no es simplemente un tratar de comprender conceptos, ideas o términos, no se reduce en ningún momento a un tipo de conocimiento intelectual o a una forma determinada

de razonar; el don del entendimiento y el de ciencia reflejan ante todo la capacidad que tenemos como seres humanos de comprender el Misterio inagotable del amor de Dios hacia nosotros. Este beneficio se traduce en entender la propia vida y la realidad a la luz del Verbo hecho carne, de la Palabra viva y eficaz.

Es Jesús quien nos abre los ojos de la mente y el corazón para ver lo que pasa en nuestra vida interior, para entender la compleja y muchas veces difícil realidad de la vida, pero sobre todo, para actuar conforme a su ejemplo y testimonio de vida. Él se convierte para nosotros, y ante el Padre, en el perfecto mediador y puente de todas nuestras suplicas y ruegos, por la sencilla razón de ser Él mismo verdadero Dios y verdadero hombre. Pero dicha súplica, dicho ruego, dicha petición solo exige de nosotros un corazón contrito, un espíritu abierto, y un ser dispuesto a creer en su Palabra, en su Voluntad.

La fe es capaz de mover las montañas de nuestro ego, los pozos de nuestro orgullo y las raíces de nuestra soberbia, que muchas veces crecen tan dentro de nosotros que nos instalan en una indiferencia radical hacia el Otro y sus necesidades. Cuando esto sucede, cuando se mueve nuestro interior, nos mostramos tal cual somos, podemos vernos en un espejo, podemos contemplarnos sin miedo ni pena, podemos ser conscientes de nuestra propia fragilidad; no para avergonzarnos sino para ver nuestra propia verdad, para mostrarnos tal cual somos. “La verdad os hará libres” dice el Señor.

Luis Felipe: Nuestra vida como creyentes nos plantea siempre una peregrinación. El acto de peregrinar implica una partida y una meta, movimiento y abandono, renuncia a sí mismo y, sobre todo, confianza en Dios. Para nosotros, el acto de peregrinar, por sí mismo, nos encamina hacia Dios y nos sitúa en la búsqueda de la verdad: la verdad en nuestra vida, para optar por siempre por el bien, y la verdad de nuestra vida, para conocer la vocación a la que Dios mismo nos llama.

Para peregrinar hacia Dios, entonces, es necesario caminar en la luz del Espíritu Santo: “el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho” (Jn. XIV, 26). Sin la luz de la verdad que proviene del Espíritu Santo es prácticamente imposible caminar hacia Dios; podríamos caminar hacia nosotros mismos pero no hacia Dios.

Cuando Jesús se encontró con Natanael (a quien llamamos San Bartolomé) exclamó: “«Éste es un verdadero israelita, un hombre sin doblez»” (Jn. I, 47). Todos tenemos luces y sombras, fortalezas y debilidad, cualidades y defectos, que definen nuestra personalidad; reconocer nuestros aspectos positivos es relativamente fácil, pero reconocer nuestros aspectos negativos implica un ejercicio un poco más difícil porque requiere humildad.

Cuando abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo, permitimos que su luz de verdad ponga al descubierto todos los aspectos de nuestra vida para vernos con claridad en un espejo y, además, para convertirnos en un cristal que trasluce esa misma claridad. El Espíritu Santo, que es bondad y que es amor, nos inspira la confianza para no temer ni siquiera a nuestra propia realidad: “el

que obra conforme a la verdad se acerca a la luz, para que se ponga de manifiesto que sus obras han sido hechas en Dios” (Jn. III, 21).

Tal como aclamamos en la Secuencia de Pentecostés, el Espíritu Santo es “el Padre amoroso del pobre”, es “la fuente del mayor consuelo”, es “el dulce huésped del alma” y es “el descanso de nuestro esfuerzo”. Con el don del Espíritu Santo podemos enfrentar y aceptar nuestra propia verdad, nuestra historia, nuestros miedos, nuestros errores, nuestras frustraciones y nuestros fracasos, con la conciencia de que Dios nos ama sin límites y nos acepta tal como somos sin condición, sin acepción, sin distinción.

Así, cuando hemos sido sinceros ante Dios y cuando hemos sido sinceros ante nosotros mismos, podemos ser sinceros ante los demás. La vida cristiana nos exige autenticidad, nos exige sinceridad, porque ésta es la base para la libertad de los hijos de Dios; en palabras de Jesús mismo: “«Si ustedes permanecen fieles a mi palabra, serán verdaderamente mis discípulos: conocerán la verdad y la verdad los hará libres»” (Jn. VIII, 31-32).

Vivir en autenticidad es vivir en el Espíritu Santo, y vivir en el Espíritu Santo nos mueve a mirar la pobreza de nuestros hermanos para ser amorosos con el pobre, consuelo para el afligido, huésped para el forastero y descanso para el abatido. Vivir en el Espíritu Santo nos hace renunciar a nosotros mismos, nos permite comprender el dolor del otro y nos impulsa a buscar la auténtica comunión: “«¿Qué hermosos son sobre las montañas los pasos del que trae la buena noticia, del que proclama la paz, del que anuncia la felicidad, del que proclama la salvación, y dice a Sión: «¡Tu Dios reina!»” (Is. LII, 7).

Dejémonos llevar por el Espíritu Santo, abandonémonos a su Providencia y vivamos en la verdad, para ser fieles a nuestra vocación y poder hacer nuestras las palabras de Jesús: ¡éste es un verdadero cristiano en quien no hay doblez!

Michael Luis: “Nos cuesta decirnos la verdad” esta es la frase que más me impactó en la charla con el P. Francisco. Encuentro en esa frase una verdad que cala preciso en tantas realidades humanas de hoy día. Tal vez por temor tenemos a Dios como alguien que va a juzgarnos o rechazarnos, por lo que somos, y eso puede causar que seamos deshonestos con nosotros mismo y también con Él. La sinceridad con Dios nos cuesta, muchos lo vemos como alguien lejano, principalmente cuando nos vemos perdidos. No sabemos que Dios nos conoce perfectamente y no podemos ocultarle nada, entonces ¿por qué no somos sinceros con Dios? Tal vez la falta de comunicación con Él nos hace verlo como alguien desconocido, más no sabemos que si nos vamos acercando será más fácil tenerle confianza y allí surgirá la verdad que buscamos.

Edgar José: Hablar sobre el papel o, mejor aún, sobre la presencia del Espíritu Santo en la búsqueda de la verdad, es una tarea de mucho discernimiento, es una oportunidad de ser apertura con uno mismo para descubrir el misterio de amor de Dios que se hace verdad cuando entendemos el plan que tiene para cada uno. Así pues, bienaventurado aquel a quien la verdad por sí misma enseña, no por figuras y voces que pasan, sino develando su verdad más honda. Nuestra propia estimación y sentido a menudo nos engaña y no nos permite ir al fondo de nosotros mismos. Por eso, cuando uno enfrenta el problema de la verdad en la vida misma, tiene que empezar por escuchar en el fondo del corazón ¿Qué es lo que Dios hace en mí, lo que el Espíritu está queriendo decir? Y si algo muy profundo se siente en el alma es, por supuesto, el inmenso amor de Dios por cada uno de nosotros, pues el Señor nos quiere con un amor sin condiciones y nos acepta en la plenitud de lo que somos, con nuestras luces y nuestra sombras.

Del mismo modo, y lo primero a lo que nos invita el Espíritu, es empezar a aceptar la verdad de nosotros mismos y ser absolutamente veraces ante Dios, ante nuestra propia conciencia y ante los demás. Muchas veces, a uno le cuesta decirse toda la verdad de Quién es uno; es muy difícil que se pueda buscar la verdad en los demás sin reconocer quien realmente es uno y es ahí donde el Espíritu quiere abrirse campo a través de nosotros, pero necesita en nosotros una sinceridad profundísima en la que cada uno sea un libro abierto, un cristal transparente, para que Él pueda develarnos su obra en nosotros por el discernimiento personal. Nosotros somos seres humanos que hemos hecho cosas buenas y bellas, pero también hemos cometido errores y hecho cosas manchadas de maldad. Hemos sido víctimas y en algunos momentos hemos tenido que sufrir el mal que nos han hecho, muchas veces sin querer, nuestros propios padres, nuestros hermanos, nuestros compañeros de colegio, etc. Pero también hemos sido responsables del sufrimiento de otros y esto es muy importante que se exprese ya que al reconocer la maldad y los errores nos permite ser más honestos y transparentes, porque al no saber la verdad sobre uno mismo no se le puede pedir a otros que la expresen. Entonces, cuando uno va develando y diciendo la verdad sobre sí mismo, tiene que ponerse la mano en el pecho y reconocer que se ha equivocado, que ha cometido errores, y que por tanto no es poseedor de la verdad. Esta experiencia nos permite reconocer que todos somos seres humanos frágiles, que nos equivocamos, que poseemos falencias y fallamos, condición para entender a los demás en su fragilidad.

Por eso, como candidato jesuita es muy importante comprender a mis compañeros teniéndoles paciencia y viceversa, porque todos somos seres falibles que construimos en medio de nuestros pequeños o grandes errores puentes de ayuda para perdonarnos y mejorar nuestros desaciertos. Porque uno tiene que empezar a perdonarse a sí mismo, como Dios lo hace con uno, y así perdonar a los demás. Dios nos perdona porque su misericordia es inmensa con cada uno de nosotros. Es sentir que también los demás necesitan de nuestro perdón. Por eso, en esta búsqueda del Espíritu, en estos tiempos de pentecostés, para encontrar la verdad debemos seguir pidiéndole que nos ayude a ser veraces, a ser auténticos, a ser absolutamente transparentes y que no nos dé miedo reconocer nuestros errores, porque en este mundo todos nos equivocamos. Esto nos lleva a comprender que el hecho de reconocer los errores y perdonarnos a nosotros mismos, como el Señor nos perdona, nos ayuda a perdonar a los demás, comenzando por nuestros propios compañeros. Dios nos puso juntos en este caminar y necesita que nos perdonemos para poder construir con Él su misterio de amor.



Para poder salir a buscar la verdad propia y la de los demás, para buscar qué es lo que el Espíritu está haciendo en nosotros, hay que pedírselo con intensidad. Pero no con una petición superflua ni una petición extremadamente compleja, sino con una petición que salga del corazón y se haga vida, sintiendo que en Dios está todo lo que deseamos y queremos. El espíritu puro, sencillo y constante no se distrae, aunque se entienda con muchas cosas; manifiesta la verdad en el discernimiento que vivimos con sinceridad pues el humilde conocimiento de quien se acepta como es, es la senda más cierta para Dios, pues permite escudriñar la profundidad de lo que somos y donde habita Él. En este sentido, no se trata de culpar la ciencia u otro cualquier conocimiento de algo que nos afecte, aunque sea pequeño; lo importante es reconocer el “deseo de Dios” y arraigados en ese deseo, accederemos a nuestra verdad, mejor que cualquier ciencia, pues es en la mirada amorosa de Dios que encontramos una vida abierta a la verdad.